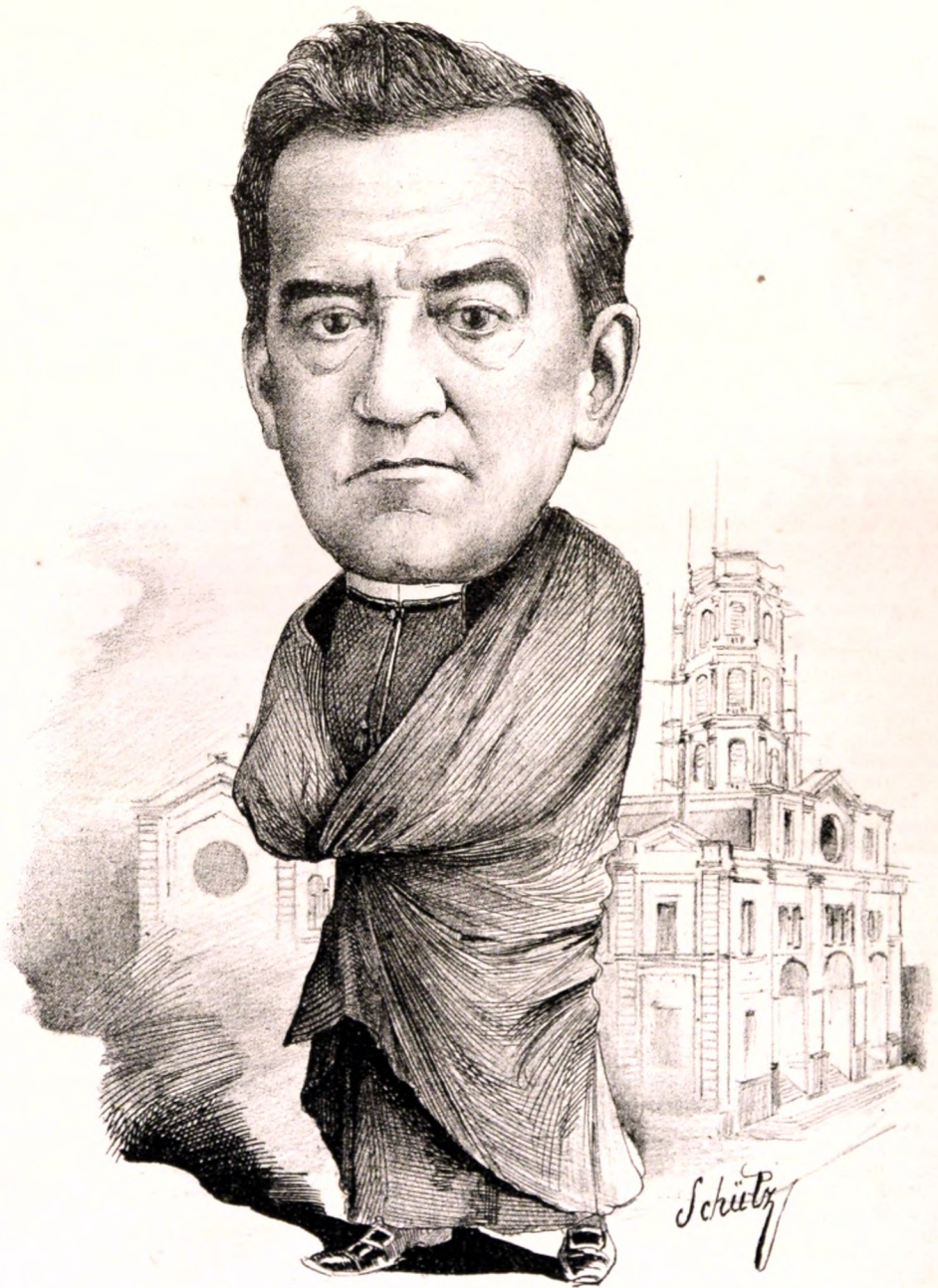




CARICATURAS CONTEMPORÁNEAS

MONSEÑOR MARTIN PEREZ



Hay que decir en su honor
que el liberal mas arisco
para los curas, lector,
se inclina ante el fundador
del templo de San Francisco.

AÑO II
Nº 31
15 de Febrero de 1891

PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO, DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
Los mismos precios, en moneda equiva-
lente, con el aumento del franqueo
Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 60 centesimos

• DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS •
• SE PUBLICA LOS DOMINGOS •
OFICINA: Calle Andes 275 (altos)
MONTEVIDEO

SUMARIO

Texto—Zig-zag, por Eustaquio Pellicer—«Polémica», por Uno—«Un apellido fatal», por R. B.—«Seguidillas», por A. Varzi—«Era listo», por M. de Moya—«Los dos amigos», por R. Torromé—«Lo que me gusta mas», por Asonipe—«Para ellas», por Madame Polisson—«Curioseando», por Motta—Menudencias—Correspondencia particular—Avisos.

GRABADOS—Monseñor Martín Pérez—Club Tarasconense (gran baile de trajes)—¡Qué verano!—Y varios, intercalados en el texto y avisos, por Schütz.



Terminado el carnaval, especie de cieno mundano, donde el pecador se revuelca como chanchito (¿qué tal la frasecilla?) hemos entrado en el periodo del arrepentimiento y de la reflexión, y es forzoso que reaguemos al olvido todo lo que puede saturar de impurezas nuestra alma, para pensar que tenemos un Dios que juzga nuestras acciones y un Gobierno que las tiene por el suelo en la cotización de la Bolsa.

La Cuaresma con sus preparados de bacalao y garbanzos en potaje nos purificará de toda culpa, pues sabido es que la vigilia es para el alma lo que el aceite de castor para el cuerpo; purga completamente de cualquier inmundicia pecaminosa.

Los que mas dosis de purgante espiritual necesitan son esos jóvenes que se han lanzado al camino de la perdición por medio del baile con disfraz.

Hortera ha habido que bajo la humilde apariencia de espantajo, no hizo otra cosa que flechar corazones en cuanta reunion familiar, con aditamento de danza, pudo meter la cabeza (y los pies, por supuesto) durante el Carnaval.

Lo que pasa es que las conquistas que se hacen con careta se malogran en cuanto esta desaparece, porque es casi ley inmutable que debajo de un buen disfraz se oculta siempre un *bagre* de mayor cuantía.

¡Cuántas inocentes jóvenes habrán creído estar en brazos de un Adónis mistificado por un dominó de seda con borlas de oro, ignorando que bajo aquel exterior deslumbrante se ocultaba un feo de nacimiento, con las manos curtidadas de fregar loza ó de apisonar adoquines!

¡Y cuántos donceles incautos á la par que libertinos, habrán creído estrechar el talle de una beldad incógnita, al hacerlo con el de una matrona respetable por sus años y abominable por las imperfecciones de su físico!

Sabemos de un mozo imberbe, aunque no implume, porque trabaja de escribiente en una oficina pública, que ha estado á los bordes del suicidio con ensañamiento á causa de una terrible equivocación que sufrió por fiarse de las apariencias.

Llevado de sus impulsos amorosos dió en un baile de trajes con la mascarita que mas atractivos ofrecia á su corazón impresionable. Era una *aldeana francesa* con mezcla de *chula suiza* y aunque una tupidísima camiseta y un antifaz de espeso alambre, impedían apreciar la morbidez

de sus carnes, dejaba adivinar un cuerpo flexible el poco espacio que abarcaba el corpiño y el timbre de su voz una garganta de angel y un candor de doncella pudibunda.

Desde los primeros compases de la danza le empezó á latir el corazón como queriendo salirse del pecho y caer en pedazos sobre la alfombra. No tuvo más remedio que declararse *aldeano* en cuerpo y alma, abdicando de la gerarquía de *mosquetero* que habia adquirido con el disfraz.

—Estoy dispuesto por ti, aldeana mía, á formar parte del ganado que apacentes—la decia en el paroxismo de su entusiasmo.

—Gracias, se limitó á decir la mascarita.

—Esas son las que tú debes atesorar hasta en las uñas de los pies, encanto de mi alma.

—Muchas gracias.

—Mira, no consiento que me agradezcas lo que no supone ninguna galantería de mi parte. Todo eso y mucho más que te diga, son justicias que hago á tus méritos.

—Gra...

—¡Seré tan feliz, aldeanita, que pueda ver correspondido este amor que me devora por dentro?

—Yo bien quisiera, pero...

—Pero qué, ¿caso otro hombre dificulta tu decision para hacerme dichoso? Si tal supiera, seria capaz de comérmele con ropa y todo. No sabes lo que soy cuando se me hincha la vena de la desesperacion.

—No es eso... es que....

—Explicate, por Dios; me consume la impaciencia por saber lo que se opone á mi felicidad!

—Mira, han anunciado el intermedio de descanso y todas las parejas se dirigen al comedor. Vamos allí y despues te explicaré....

—Me lo explicarás, pero prometiéndome que nada servirá de inconveniente á tus propósitos, si como creo, son los de retribuir mi cariño con otro igual.

—Vamos al comedor.

Quien observó á la amartelada pareja asegurar que ella dejó limpia una bandeja de *sandwichs* y otra de pastas finas, motivo por el cual se quedaron la mitad de los invitados sin probar más que el agua del aligbe y algun residuo de cerveza escanciada para otros consumidores.

Nuestro tenorio, sin embargo, ciego de amor, no apreció este detalle más que como una exigencia corporal, independiente de toda la grandeza que debían encerrar el alma y el rostro de aquella aldeana tentadora. Siguió expresándola con ardor sus más delicados sentimientos, mientras ella engullía, sin trégua para balbucear una sola frase.

De nuevo en la sala, llegó el momento de que la *aldeana* se explicase como habia prometido hacerlo antes del descanso.

—Para hablar con mas tranquilidad, dejaremos en blanco esta mazurca—dijola el *mosquetero*, mientras la conducía del brazo á uno de los balcones.

—La luna vá á ser testigo, prenda adorada, de todo lo que aquí nos vamos á prometer. Vamos, empieza. Dime qué *pero* es aquel que me ponias al pedirte retribucion para mi cariño.

—Pues mire V., francamente, el *pero* es... que no puede ser.

—¿Como! ¿acaso eres mujer de estado?

—No.

—Pues entonces....

—Sóy algo mas que eso.

—¿Mas que eso? Máscara, me confundes como para hacerme perder la razon. Explicate claro por lo que mas quieras.

—Lo haré, pero es preciso que salgamos de esta casa.

—¿Te dejas acompañar por mí hasta la tuya?

—No tengo inconveniente.

—Pues en marcha ¡vaya al demonio el baile por la ventura de estar á tu lado y de descifrar ese enigma que te envuelve.

—Ya estamos en la calle. ¿Qué direccion quieres que tomemos, paloma mia?

—La de la Comisaria de esta seccion, pero no me llame V. paloma porque no tengo nada de eso. Ahora estamos solos y es preciso que sepa usted quien soy. Ante todo suélteme usted el brazo porque yo no necesito de estas comodidades para andar.

—Esa voz...

—Sí, es la propia; de hombre; de lo que soy.

—¡¡¡Cómo!!! ¡Tal burla!....

—No ha sido burla, señor, escúcheme usted: Yo soy guardia-civil y como V. habrá oido, estamos todos faltos de buena alimentacion desde hace una porcion de meses. Hoy no me habia desayunado y no sabiendo qué hacer

para no meterme en la cama con el estómago vacío, pedí á una vecina este traje para venir al baile. El criado de la casa con quien estaba de acuerdo me ha facilitado la entrada y lo demás ya lo sabe. He tenido que bailar con usted, pero he logrado reponer mis fuerzas en el comedor y asegurarias por un par de dias, por lo menos.

Dicho lo cual se arrancó el antifaz dejando ver una cara enjuta, cubierta casi en toda su extension por una barba espesa y cerdosa como un cepillo de lustrar botines.

Su galanteador cayó desplomado sobre el pavimento.

Ninguna novedad digna de mencion ha ofrecido el Carnaval de este año, á semejanza del político, que ni aun la de nombrar Ministerio nos ha presentado.

El aburrimiento se ha visto reflejar en todos los semblantes, ni mas ni menos que si *Momo* hubiera sido el ministro actual de Hacienda, único que creíamos capaz de aburrir á la gente.

De bromas ingeniosas tampoco se habla como otros años.

Solo se tiene conocimiento de un par de ellas dadas por la policía, machete en mano, al público, y de la que dió el Presidente al decir que asistiría á la apertura de las nuevas Cámaras con secretarios nuevos ó cuando menos en buen uso.

Los juegos con agua, un poco atrevidos. El pomo lo sustituyeron muchas personas por el balde, creyéndose bomberos y tomando al transeunte pacifico por una barraca incendiada.

Nada de alegorias políticas ni de otro orden. Solo la Municipalidad presentó una, pero fuera de tiempo, por que lo hizo el miércoles de ceniza. Quitó los arcos de gas que se habian puesto como alumbrado extraordinario.

Esto es una alegoria de la miseria que no se habia visto otros años.

Las fiestas en los centros sociales, animadísimas.

La celebrada en el Club Uruguay, sobre todo, se recordará entre las mejores que registra ese centro.

Solo tuvo una nota que discordó de las alegres.

La de un incidente personal que se produjo entre dos socios, y que parece dió motivo á una proposicion de duelo.

Estamos á oscuras del desenlace que ha tenido el asunto, lo cual no tiene nada de particular, pues se trata de una cuestion surgida en plena oscuridad. Parece que un miembro de la Comision Directiva, inspirándose en las mismas economías que la Municipalidad, cerró ó mandó cerrar el contador del gas, cuando aún quedaban dentro del edificio muchas personas poco aficionadas á caminar con lazarillo.

Corramos un velo sobre todo lo mundano y continuemos en la tarea de lavar y planchar nuestra alma de las manchas del pecado, con la meditacion y la vigilia.

En cuanto á ésta, puede confiar la Iglesia que será rigurosamente observada por todos los pecadores del Uruguay, por muy empedernidos que sean, principalmente los que viven del presupuesto.

¿Quién es capaz de promiscuar en los tiempos que corren?

¡Gracias que podamos comer artículos de huerta, cuanto más carne y pescado en una misma comida!

EUSTAQUIO PELLICER



Polémica

Vivieron en los tiempos medievales dos sabios eminentes, que con una polémica 'escritaron la atencion de las gentes. Al lanzar su opinion dieron mil pruebas de erudicion vastísima y la tesis propuesta se hizo célebre por lo originalísima.

Voy el caso á exponer en breves frases. La cuestion era esta:

«¿Que dicen, al cantar, las codornices?»

Oigamos la respuesta:
 —¡Buen-pan-hay! ¡Buen-pan-hay!—uno decía
 que en los trigos gritaban.
 —¡Hues pe-dél! ¡Hues pe-dél!—decía el otro
 que era lo que cantaban.
 ¿Llegaron á entenderse? ¡Ni por pienso!
 Revolvieron infolios
 y aduciendo el pensar de los Etruscos
 y romanos y Eolios
 con terquedad gascona los dos sabios
 siguieron en sus trece.
 ¡La verdad será una é inmutable....
 pero no lo parece!
 —¡Buen-pan-hay! ¡Buen-pan-hay! ¡Está bien claro
 uno de ellos decía,
 —¡Hues-pe-dél! ¡Hues-pe-dél! ¡No hay mas que oirlo!—
 el otro respondia;
 Y de este modo entrambos sostuvieron
 continuas discusiones,
 hasta que al fin, según las malas lenguas,
 se llamaron ¡melones!
 Murieron de dolor los infelices,
 y hoy es cosa probada
 que, al cantar, las sencillas codornices....
 ¡no dicen absolutamente nada!



Un apellido fatal

Carísimo lector: ¿Has conocido mayor desgracia que llevar el apellido de una celebridad?

Si el apellido se conoce por algo malo.... del mal el menos. Pero si es distinguido por algo bueno, entonces la desdicha es mucho mayor.

En cuanto un conocido te llama en alta voz, diez ó doce personas se vuelven á inspeccionar tu aspecto; unos con envidia, otros con admiración. Cuchichean, preguntan.... hasta que enterados de que no eres quien pensaban, se sonríen con lástima ó desprecio; todo lo cual dá por resultado que el infeliz, blanco de tantas observaciones, se queda mas corrido que una mona.

Y la suerte tiene en esos casos caprichos crueles. Te llamas, por ejemplo, Carpincho, lisa y llanamente. Es un apellido modesto, oscuro, sin pretensiones; vives feliz, ignorado en este mundo.... y en el viejo; pero de pronto hay una quiebra de esas que ocupan la atención por espacio de un mes, ó un crimen, ó se escapa la mujer de una persona muy estimada con un caballerete muy conocido, la noticia corre, los diarios publican el nombre del criminal, del predestinado ó del amante.... y ese buen señor se llama Carpincho.

Tú, que vivías tranquilo sin que nadie se ocupase de tu indefenso individuo, ya no tienes paz ni tranquilidad; no puedes dar tu nombre sin que te miren de cierta manera ó te sometan á un interrogatorio por este estilo:

- ¿Cómo! ¿Es V. el famoso Carpincho?
- No señor.
- ¿Su hermano?
- Tampoco.
- ¡Ah! vamos.... ¿su tío?
- No somos parientes.
- ¿No?
- Ni siquiera le conozco.

Durante este diálogo, la expresión del rostro de tu interlocutor, ha ido pasando por grados desde la mas glacial á la mas afectuosa.

Te has reivindicado ante aquel individuo.... pero hasta que aparezcas como quien eres ante todos los que componen la sociedad en que vives, ¡cuántas desazones, cuántas inquietudes tienes que pasar!

Pues ¿y cuando el apellido es notable en las ciencias, en las artes ó en la política? Entonces sí que no hay paciencia que baste á aguantar los *quid pro quo* que origina el que un conocido te llame, ó que des tu nombre en alguna parte.

—¡Oh! es el eminente X.... á quien tengo el honor de....

- No señor.
- No es menor el gusto.... será V. pariente cercano.
- No nos liga parentesco alguno.
- ¡Ah!

Este ¡ah! con *extrañeza* es un poema. El cambio de fisonomía en este caso es inverso al anterior. Ahora se pasa de la sonrisa mas afectuosa á la actitud mas indiferente, mas despreciativa, por lo general. El haberse puesto en ridículo (según piensa las mas de las veces el que te ha tomado por otro) no te lo perdona nunca, ¡cuando quien realmente ha estado en ridículo has sido tú!

Yo conocí á un italiano, víctima del apellido, hasta

su muerte. Tuvo la desgracia de llamarse Paganini, y ser contemporáneo del célebre violinista.

Empezaba á difundirse la fama del artista sin rival, cuando nuestro Paganini número 2, concluidos sus estudios de abogado, y queriendo hacer relaciones que le pudieran servir en su carrera, entraba en el gran mundo. ¡No sabía lo que le esperaba!

Nadie quería convencerse de que la persona que le presentaban no era el célebre músico. Todos le preguntaban cuando llegaba á una casa:

—¿Trae V. el violín?

Aquello era insufrible. Aburrido de tantas equivocaciones, dió en la idea de expatriarse y gastar en viajes su modesta fortuna.

Pero en lugar de conseguir su objeto con esta determinación, aumentaron sus desdichas.

Llegó á París cuando, corriendo ya toda Europa la fama del violinista, era este esperado de un momento á otro.

No daba su nombre en ninguna parte, sin tener que aguantar una lluvia de abrazos, apretones de manos y felicitaciones. Este le invitaba á una *soirée*, el otro á un concierto, aquel á un almuerzo; pero todos le suplicaban que llevase el violín.

Nuestro héroe, desesperado porque en todas las grandes capitales le sucedía lo mismo, decidió no visitarlas y establecerse en una población de poca importancia.

Escogió una de Suiza, pero ¡que si quieres! no bien llegó al Hotel, según costumbre, le hicieron apuntar su nombre en el registro del mismo. A las dos horas, el único diario que se publicaba en el pueblo puso á la venta un boletín en donde, bajo un epígrafe en que se leía en caracteres gigantescos,

¡PAGANINI HA LLEGADO!

se proponía la organización de una serenata y un concierto en honor suyo.

Cuando mas tranquilamente dormía el infeliz *hómulo*, descansando de las fatigas del viaje, fué despertado por el dueño del hotel que le anunciaba que la población en masa estaba á la puerta de la casa y pedía que se asomase al balcón.

En vano fué que diera explicaciones y jurase y perjurase que en su vida había tocado el violín, sino el violon algunas veces.

Que quieras que nó, el hotelero lo presentó á la multitud que le victoreaba y que tomó las protestas del infeliz, que no quería pasar por lo que no era, por exceso de modestia, lo cual hizo redoblar las aclamaciones.

Tuvo que huir á media noche, ocultándose como un criminal. En todos los pueblos á donde llegaba, le sucedía lo mismo. ¡Aquello no era vivir!

Por fin, creyó que podría recuperar la tranquilidad, gracias á una estratagemá; se cambió el apellido. Adoptó el de Asperoni, después de asegurarse bien de que no había en toda Europa nadie que se hubiese hecho notable llamándose así.

Gracias á este medio pudo volver á su país y establecerse en Vicenza, donde vivió en paz dos ó tres meses. Pero la felicidad dura poco en este mundo.

Cuando mas ignorado se creía, una mañana se presentó en su casa un caballero preguntando por el señor Paganini.

Tentaciones sintió nuestro héroe de agarrarle por la cintura y tirarle por el balcón.

—Aquí no vive ningún Paganini—contestó, reponiéndose al fin.

—Perdone usted—repuso el otro;—Paganini es usted, le vengo siguiendo hace seis meses; y como me precisa terminar un asunto que le interesa á usted mucho, le suplico que abandone para conmigo el incógnito.

—¿Un asunto que me interesa?

—Y mucho.

—¿Qué es ello?

—Entregarle una cantidad procedente de un legado.

—¡Bah! No será muy grande.

—Doscientas mil liras.

El falso Asperoni cambió de color.

—Y.... ¿es indispensable—preguntó—que recobre el apellido Paganini para entrar en posesión de esa cantidad?

—Indispensable de todo punto.

Nuestro hombre reflexionó un momento, y después, haciendo un gesto como si se hubiese tragado una cuarta de vinagre:

—Es inútil—dijo—yo no me llamo así.

—En ese caso me retiro. Pero le advierto que para obligarle á confesar la verdad, voy á decir su nombre á todos los que le conozcan.

—¡Caballero! ¡Salga usted de aquí en el acto, porque no respondo de mí!—gritó ya exasperado.

—Me voy, pero es á advertir que usted se oculta bajo un nombre supuesto, sabe Dios por qué razones. ¡Abur!

Y salió á tiempo, pues la víctima de su apellido había cogido una silla para tirársela á la cabeza.

Aquella noche, Paganini recibió diez cartas, invitándole para otras tantas reuniones.

Su desesperación llegó al colmo. No pudo dormir. Al amanecer se fué al campo.

Volvía ya mas tranquilo hácia su casa, cuando oyó que le gritaban desde la vereda de enfrente:

—¿Qué tal, insigne Paganini?

Al volver la cabeza vió al caballero que la vispera había estado á buscarle. No pudiendo contener su indignación, se arrojó sobre él y empezó á cachetes, puntapiés y mordiscos.

Se agolpó la gente, acudió la policía, y atadito como con codo me lo llevaron á la cárcel.

Al día siguiente, en el colmo de la desesperación, decidió poner fin á sus días, á fin de conseguir la tranquilidad de alguna manera.

A fuerza de dinero, y bajo pretexto de que tenía frío, consiguió que le proporcionara el carcelero un brasero, carbon, fósforos y un periódico.

Cuando se vió dueño de estos objetos, tapó herméticamente todas las rendijas y se dispuso á encender el carbon.

En un pedazo del periódico, que quedó sin quemarse, pudo leer antes de morir la noticia siguiente:

«Ayer fué conducido á la cárcel un sujeto que pretendía hacerse pasar por el célebre violinista Paganini.

«Parece que sorprendiendo la buena fé de algunas personas, había conseguido que le invitaran á varias reuniones, pero al verse descubierto por quien conocía su verdadero nombre, quiso vengarse, infiriendo á esta persona algunas heridas que afortunadamente no son de gravedad.

«¡A cuántas desgracias conduce á veces la ambición de la celebridad!»

.....

R. B.



Seguidillas

Una noche de Otoño
 Por la mañana,
 Fui á comprar un anillo
 Para mi hermana,
 Y á don Severo
 Le brotaron dos granos
 En el sombrero.

Yo conozco á una niña
 Tan delicada,
 Que se come las medias
 De su cuñada,
 Y Paco Trines
 Tiene gastro-enteritis
 En los botines.

Cuando acaban los días
 Del mes de Enero,
 Todos dicen que empiezan
 Los de Febrero,
 Porque á una hormiga,
 Le sacaron dos vacas
 De la barriga.

Por comer un sargento
 Catorce balas,
 Está enferma mi suegra
 De llagas malas.
 ¡Yo no sabía,
 Que la hermana de tata
 Fuera mi tía!

En el pueblo de Artigas
 Hay muchas viejas,
 Que se ponen zapatos
 En las orejas,
 Y sin embargo,
 El sombrero de Peña
 Me queda largo.

Era tan olvidada
 Julia Taponés.
 Que salía á paseo
 Sin pantalones.
 Y es cosa cierta,
 Que, en la tierra de ciegos
 La reina es tuerta.

ALFREDO VARZI

Era listo

En cuestión, fué interrogado por varios un estudiante, si él recogería un guante que le hubiesen arrojado.

CLUB TARASCONENSE

GRAN BAILE DE TRAJES



En el Club tarasconense
no hay quien no sepa bailar
desde el can-cán al candombe,
desde el candombe al can-cán.

Con aplomo y desenfado
contestó:

—Por vida mia,
que en mi necesidad sería
solo un guante recoger;
si fuesen dos, puede ser,
porque yo los usaría.



Los dos amigos

Un escritor naturalista empezaría por decirnos si Don Fernando llevaba pantalón claro con franja y rayas negras, calzoncillos de algodón y pañuelo de hierbas; pero yo dejo las hierbas y lo demás para el naturalista, y á vosotros os digo que D. Fernando llegó á la cárcel seguido de su perra Linda.

Pidió ver al Director, y se lo negaron los que la cárcel guardaban; pero apenas untó las ruedas, se abrieron las puertas y entró magestuosamente D. Fernando en el templo de la corrección.

—¿Qué desea usted?
—Entrar en la cárcel.
—¿Como empleado?
—No señor, como preso.
—¿Ha cometido V. algún delito?
—Aunque parezca extraño, no he cometido ninguno; pero tengo mucho interés en estar en la cárcel.
—Entonces salga V. á la calle y diga cuatro verdades al primero que pase; eso basta.
—No, yo no quiero; quiero que me procesen.
—Pues yo no puedo admitirle como no le pongan en adobo las escribanías y procuradores.
—Señor mío, escúcheme usted. Hace cuarenta y ocho horas que soy rico, ha muerto un tío mío que era millonario, y ha dejado su hacienda para mi hermano y para mí. Era muy avaro y en vida nunca se acordó de nosotros, pero la ley nos reconoce como únicos herederos. Mi hermano y yo hemos vivido en la mayor miseria, y mas que amigos tenemos compañeros de hambre; ahora, con el olor de la herencia, vendrán todos á halagarnos y pedirnos protección.

—Ciertamente.
—Y yo no quiero negársela, pero ante todo deseo cerciorarme de los que son dignos de ella.

—¿Y ¿como?
—El medio es sencillo, si usted me ayuda.
—Veamos.
—Me finjo preso y escribo una carta á cada uno de mis amigos, contándoles el caso; los que vengan á visitarme, esos son los que efectivamente me aprecian.

—¿Usted no ha dicho á nadie lo de la herencia?
—A nadie todavía, y el notario y mi hermano me han prometido silencio absoluto.

Después de estas y otras razones morales unas y monetarias otras, convenció D. Fernando al Director, y quedó instalado en una de las habitaciones de éste, porque la cárcel es de cobre para el cobre, de plata para la plata y de oro para el oro, tanto para el visitante como para el morador en ella.

Escribió las cartas con mucho afán, y de cada una que ponía el sobre, decía: Esta no me dá desengaño; el amigo Fulano es buen amigo; aunque solo sea por contarme sus penas y por la curiosidad de saber las mías, vendrá á que barajemos nuestras desdichas.

Pasó el primer día, y en su transcurso á nadie vió el preso. á no ser al mozo de la fonda que le servía la comida, y á la perrita Linda que de un lado á otro saltaba haciendo fiestas á su amo.

—De mañana no pasa; mañana vendrán Pepe, Ramon, Antonio, Pascasio.... Este Pascasio me ofreció la mitad del premio grande una vez que jugó á la lotería; por desgracia no le tocó y no tuvo ocasión de cumplir su promesa.

Las esperanzas del preso no se cumplían; ya hacia dos semanas que estaba en casa del Director y no habian acudido los amigos al llamamiento de las cartas.

—¡Esto es horrible! ¡Ah! Si esos miserables supieran que soy rico, cuan pronto harían de su amistad una ganzúa para abrir mis bolsillos; pero me desprecian porque aún me creen pobre... Mejor que mejor; viviré solo; seré un misántropo; emplearé el dinero en mi propia persona, y lo que siento es que tú, pobre Linda, no tengas exigencias ni grandes necesidades para satisfacerlas todas. Comprendo al emperador que se casó con un caballo; yo me casaría con esta perra cuadrúpeda por huir de alguna perra bípeda.

En esto apareció un criado, y dijo á D. Fernando que un caballero preguntaba por él.

—Que pase al momento, exclamó—¡Ah! Este es mi único amigo. ¡Siempre hay algún alma generosa!

De allí á pocos momentos conversaba D. Fernando con Sebastian, hombre muy hablador y con quien no tuvo gran amistad.

—Usted, ¿usted viene á verme! ¡Pero si á usted no le he escrito diciéndole que estaba en la cárcel!

—Sí... pero...

—Ya, ya caigo. ¿Usted lo ha sabido por referencia de alguna carta mia dirigida á otra persona?

—Es claro...

Ya dije que no eran muy amigos. Fernando le conoció una tarde en un café, y continuaron tratándose con alguna frialdad.

Sebastian le habia prestado algun dinero, y por esta razon don Fernando excusaba todas las ocasiones de encontrarse con su acreedor.

—¡Ah! decía don Fernando; usted es mi amigo, ya me habia dado algunas pruebas, pero esta es concluyente. ¡Y yo que no me habia acordado de usted, creyendo que me guardaba rencor por lo de la deuda!..

—¡Bah!

—Vamos, vamos, añadió D. Fernando; ni yo estoy preso, ni la justicia tiene nada que ver conmigo. Vámonos á Las Pirámides y de sobre mesa le explicaré á usted este enigma.... qué diablo, hablemonos de tú; eso tú por tú. Seremos amigos, amigos inseparables, porque tú eres el único hombre que se interesa por mí.

Sebastian, aturrido y confuso, se dejaba abrazar, sin entender una palabra de todo aquello.

Tomaron un carruaje y se dirigieron al restaurant. Linda quiso subir en pos de su dueño; pero este cerró con tal presteza la portezuela del vehículo, que no le fué posible al pobre animal seguir á D. Fernando, si nó á fuerza de correr tras el coche.

Llegaron los amigos al hotel, tomaron asiento junto á una mesa, pidieron la lista y encargaron un almuerzo abundante.

Linda, derecha sobre sus patas, arañaba los pantalones de Fernando, pidiendo participacion en el banquete, lo que le valió otro par de puntapiés como los de la cárcel.

Fernando admiraba embelesado la fisonomía franca y burda de Sebastian: despues de una ligera pausa, dijo este:

—¿Pero, por qué estabas en la cárcel?

—¿Y no lo adivinas?

—Hombre.... nó. A no ser que te se haya subido el dinero á la cabeza, y al cobrar la herencia hayas hecho alguna diablura.

—¡Qué!—Fernando, al oír estas palabras, se quedó lívido.

—Sí: hace tres días me dijo tu hermano que habías heredado, y como me debes aquel piquillo, yo... francamente, estoy bastante apurado y me dije: Esta es la ocasión de que me pague ese.

Me dijeron que estabas en la cárcel y fui á verte. —¡Dios mío! exclamó Fernando, apoyando los codos en la mesa y la cabeza entre las manos.

—No... no creas que yo tengo prisa—añadió Sebastian, temiendo haber cometido alguna torpeza.

—De manera que usted sabia?... —Yo...

—De suerte que usted venia á cobrar?... —Cuando tú quieras... Ahora no...

—Ahora sí, dijo Fernando bruscamente. ¡Tome usted, señor acreedor, y dejó tres monedas de oro sobre la mesa.

—No... si yo no deseaba...

—Ese dinero es de usted; recójalo y haga el favor de retirarse.

—Pero... Fernando...

—Recoja usted ese dinero y déjeme usted solo. Si no lo hace así, seré yo quien se retire.

Sebastian cogió las monedas de oro, y guardándose las, dijo por lo bajo.—Está loco.—Y salió del hotel cuando llegaba el mozo con los primeros platos.

—A ese caballero se le vá á enfriar la tortilla si no vuelve pronto, dijo el mozo.

—No vuelve, respondió Fernando.

—Entonces, sobra un cubierto.

—No sobra, ese cubierto es...

—Ya, para algun amigo.

—Precisamente, para mi único amigo.

El mozo se fué.

Linda y Fernando almorzaron solos.

R. TORROMÉ

Lo que me gusta mas

Gústame ver en el tranquilo Adriático

la misteriosa góndola serena;

deslizarse tranquila al son simpático

de la trova, que el alma de amor llena.

Del astro rey la magestad grandiosa
mi admiración y arrobamiento excita,
al ver como su magna faz radiosa,
del zenit al nadir se precipita.

El valle ameno, la floresta umbría;
de la pálida luna los reflejos,
y de la selva virgen, la poesía,
al Supremo Hacedor que en ella impera.

Todo mi mente y corazón levanta
hacia la azul y portentosa esfera,
y entusiasta el laud, mil himnos canta,
al Supremo Hacedor que en ella impera.

Mas de tanto prodigio y obra rara
que á la Natura á bendecir me obliga,
lo que me gusta mas, amiga Clara:
es que nunca me duela la barriga.

ASONIPE



PARA ELLAS



Hablaremos de los pequeños, de los muy queridos «bebés» que constituyen nuestra alegría y para quienes tenemos coqueterías exquisitas.

Muchas personas demasiado serias y muy maduras encuentran muy ridículo el modo de vestirlos y sin embargo, ellas mismas llevan con entusiasmo, vestidos de muselina blanca, muy bufidos, guarnecidos con cintas largas y con lo cual vestían á los niños.

¿Para que quejarse luego?

La moda es una cosa de

masiado fútil para preocuparse de esos gemidos. Es necesario que ella cambie; sin eso no tiene razon de ser.

Nada más bonito que lo que ella manda, ama y gusta y sería en vano el resistirse.

Hoy, no hay nada mas bonito que los chiquillos con vestiditos largos.

Hace algunos años, el gran tono era vestir los niños y las niñas hasta la rodilla. Hoy, el gran «chico» consiste en vestirlos casi hasta debajo de los pies.

Existen chiquillos de 5 años á lo mas, con el pantalón de hombre resueltamente remangado en tiempo de lluvia; sobretodo de paño como los cocheros ingleses, un poco mas arriba de la rodilla, cuello derecho con plastron. Sombrero «melon», nada falta para hacernos morir de risa.

En cuanto á las chiquillas,

basta que caminen para verlas con la pollera hasta el suelo, el «carrick» á tres pelerinas y el capote grande «Greenaway».

Y así, todas las edades obedecen á la misma ley; pollera «Empire» con el talle corto, fruncida, guarnecida con pliegues redondos; muchas veces con un «volado» fruncido ó con puntilla.

Una cinta alrededor del talle y una limosnera en el costado izquierdo.

Nuestro dibujo represen-



ta un «Camail» muy sencillo y muy fácil de llevar, sobre todo para vestidos de teatro ó de recibos pues así se conservan mas y mejor.

Se hace con paño piel de suecia, se guarnece con astracan negro, cuello con pasamanería negra y plata. Cuerpo de «camail» amplio hombreado por una costura de espalda y por otra que pase á su alrededor; tiradores de astracan aprisionando el «camail»; cuello Médicis bordado con astracan.

Gorra drapeada con terciopelo «turquoise», con perlas finas montadas sobre una peineta de carey rubio, plantado en el recogido del cabello, y bridas de terciopelo «turquoise».

MADAME POLISSON



Curioseando

(NOCTURNO)

(Escena que pude ver por el pátio de mi casa, y que muchas veces pasa entre marido y mujer:)

—¿Dudas de mí?

—¿Dudar? no; estoy cierta de que miras á Magdalena y suspiras cuando me distraigo yo; y si has llegado á creer que me voy á resignar... te engañas.

—Pero, Pilar,

¡nunca te has de convencer de que tan solo tú eres!.... —Ha tiempo estoy convencida de que te pasas la vida entre el juego y las mujeres. Tú derrochas un caudal en diversiones sin cuento, y yo... ¡sola en mi aposento con la aguja y el dedal! Tú me engañas á diario con esos falsos negocios, y yo entretengo mis ócios con las cuentas del rosario. Nunca nos vemos los dos ni de noche ni de día, por esto... ¡no importaría! pero en aquella... ¡por Dios! —Mira, Pilar, me impaciento con tus ridículas quejas; dime: ¿por que me motejas sin causa ni fundamento? ¿Que á tu lado no me ves? Pues si no estoy á tu lado es porque estoy ocupado con asuntos de interés. ¿Que derrocho en diversiones un caudal? ¡Eso no es cierto! por que yo no me divierto del modo que tú supones. Y, vamos, voy á probarte que no soy así tan malo; aquí tienes el regalo que ayer prometí comprarte. Miralo y podrás juzgar si tu marido te adora, ¡bah! ¿te convences ahora de que no hablo por hablar? Pero cesa, por favor, de suspirar de tal modo, y que se termine todo, ¡conque fuera el mal humor!

¿Sigues así todavía?

¡Jesús, que niña te pones! déjate de reflexiones y ven aquí, esposa mía. ¿No me respondes? Pues bien, dame un abrazo y un beso, y si no basta con eso... ¡yo te le daré también! (El esposo la besó, despues... la volvió á besar sin poderse figurar que les observaba yó!) y preguntará el que lea: ¿que pasó despues allí? ¡Eso... lector... no lo ví! ¡el demonio que lo vea!



No faltó quien dijera que á poderse trasportar la alegoría viviente al lugar que ocupa la dibujada por Schütz, el número de suscritores á *Caras y Caretas* sería igual al de habitantes que tiene la República.

Felicitamos á la señorita Castellanos por su feliz idea y la agradecemos que nos haya tomado por *figurin*, pues con ello nos ha hecho inconscientemente *nna reclame* como no creímos llegar á obtener de una tan distinguida propagandista.

—¿Me conoces, Salustiana?

—No, ché, no caigo en la cuenta.

—Porque no te da la gana.

¡Fui tu amante el año ochenta!

—¿El año ochenta? ¡Quizás!

¿Y no te acuerdas del mes?

—En Mayo.

—Explícate más porque en Mayo tuve tres.

«En un estanque próximo á Santa Rosa ha aparecido el cadáver de un vecino de dicho pueblo.

Se cree que esta desgracia se produjo al ir de tránsito por aquel paraje la víctima, á quien se habia visto en las primeras horas de la noche en completo estado de ebriedad.»

Un borracho ahogado en agua!

No se explica que pueda *claudicar* un hombre de esa manera.

Indudablemente debió creer que el estanque estaba lleno de *Anis de Carabanchel*.

Por comer coliflor en cierto guiso se le ha muerto la suegra á don Narciso, y por comer repollo en ensalada se le ha muerto tambien una cuñada. Para que el mal no tengas tan á mano, come solo jamon, que es lo mas sano.

«La comparsa carnavalesca *Candombros al tope*, fué reducida á prision por trabarse en pelea con la policia, en la via pública.»

La reclusion de la comparsa no alteró su titulo mas que en unas letras.

De *Candombros AL TOPE* se transformaron en *Candombros Á LA TIPÁ*.

Son dos palabras que suenan casi lo mismo, por mas que no representen la misma altura.

Picó á Enrique una mosca en la cabeza, y por probar la fuerza de su brazo cometió la torpeza de quererla matar de un martillazo. Aquella broma le costó una herida de que tendrá señal toda su vida. Desde entonces Enrique si una mosca le pone en un aprieto, prescinde del martillo por completo y deja que le pique.

A *La Epoca* y á *La Union Civica*, un efusivo abrazo por el espacio que dedicaron en su número del lunes á *Caras y Caretas*, aunque sepamos que solo la simpatía que sienten por nuestra publicación, sea lo que haya podido inspirarles conceptos tan encomiásticos.

Tiene Tito un falderito

muy bonito,

y la Rita una gatita

muy bonita

y Juan Sada una cuñada

desgraciada.

Pero os juro que á mí me importa un pito de los bichos de Sada, Rita y Tito.

¿Qué como hemos encontrado el carnaval de este año, preguntan ustedes?

Pues muy *fiambre*.

Salió á la calle

don Homobono

con ropa nueva

dándose tono,

y nadie sabe

donde se ha ido.

Sus hijos dicen

que no ha *volido*.

Un individuo apellidado *Tenorio* ha sido reducido á prision, como autor del robo de un breack efectuado el domingo anterior.

Parodiando á su homónimo del drama de Zorrilla puede decir ese raspa:

¿No es verdad, breack seductor, que en las manos que ahora quedas se mueven mejor tus ruedas y se camina mejor?

Ayer Paco Pita, el primo de Rita, nos dió de merienda guisado de pato; comióse una pata y dijo Torcuato: —¡Me peta la pata del pato de Pita!

«Con motivo de la renuncia de un empleado, va á ser removido todo el personal de Correos.»

No puedo hablar de esta reparticion sin dedicar un recuerdo á los ejemplares extintos.

¡Séales leve el forro del bolsillo postal!

Zafra con fuego y azufre con su cifra á un cafe marca. Por eso dijo Petrarca: Zafra cifra y cafe sufre.

«La Compañía Nacional tiene embargadas todas las vias.»

De ahí proviene el cólico llamado *miserere*.



Pollita—Colonia—Ese tubo que Vd. enjareta en la primer redondilla, resulta con *be larga* un verbo de *lampisteria*. Métale una mecha empapada en *Aerosol*, póngale encima una pantalla y verá qué aparato de alumbrado mas hermoso se puede hacer con una simple barbaridad gramatical.

Carpintero catalan—Rocha—Si maneja Vd. el escoplo como la lira, será cosa de ver los muebles que Vd. haga. Por de pronto todos los que exijan pies iguales como las mesas, las sillas etc., resultarán *rengos*, como los versos.

P. K. Do—San Eugenio—No se llame *p-k-do* á secas; llámese *p-k-do-mor-tal*.

Sabidondo—Montevideo—No se ha hecho la miel para la boca del as... no sigo escribiendo la palabra.

Obero—Montevideo—El domingo de carnaval vi uno muy bien enjaezado ¡Seria Vd! Los versos, por lo menos, no parecen de persona.

Turibiu—Montevideo—Num he vistú gamás un rapaciu tan bruto para hacer versos.

C. S.—Montevideo—Se publicará.

Campanillas—Montevideo—Muy largo. Si se pudieran poner unos rieles sobre el artículo ya seria otra cosa, porque entonces todo se reducía á leerlo s bre un tren á vapor. ¡Treinta y ocho cuartillas en *letra metida*! Parece mentira que la vida del hombre alcance para escribir tanto... y tan malo.

R. G.—Montevideo—No ha sacado V. partido del asunto. Lo que ha hecho V. es *partirle* por el eje. ¡Y cuidado que el tema se prestaba! Esprima la mollera, hombre, que puede que tenga algun chistecillo arrinconado.

Pescador—Montevideo.

Aunque me arme usted una gresca y aunque no le agrade á usted, me atrevo á decirle que no sabe lo que se pesca.



JAIME MAESO

URUGUAY 99

Su martillo ha demostrado que, de todos los que hay, es el mas afortunado, pues con él ha rematado la mitad del Uruguay.



EL UNIVERSAL

Calle Rincon 131

Hace calzado á medida, á unos precios muy baratos, y es la casa preferida, por ser la mejor surtida en botines y zapatos.



BAZAR NACIONAL

SARANDÍ 347

Para hacer un buen regalo véte á Sienna sin dudar, porque Sienna, en su Bazar, nunca tuvo nada malo.



LA Bodega

ZABALA 95

Si te dice un bebedor que en la casa de Orejuela no existe el vino mejor, le puedes decir, lector, que se lo cuente á su abuela.



AL FIGARO

Peluquería

18 DE JULIO NÚM. 5

Nadie á pelar le aventaja, y afeitando es tan artista, que al filo de su navaja no hay pelo que se resista.



LUIS A. CARRARO

Zabala 154

Llevó el martillo á Maeso, en campaña provechosa y no les digo otra cosa, porque es bastante con eso.



SUÑER Y CAPEDEVILA

Uruguay 178

Es un médico especial, de quien diría cualquiera que ha encontrado la manera de hacer al hombre inmortal.



FITZ-PATRICK

Fotografía Inglesa,

Rincon 176

Fotografía especial, en que se copia á la gente, tan perfectísimamente, que parece natural.



A MONTAUTTI

Rematador

ZABALA NÚM. 130 Y 136

De su martillo al influjo todo el Uruguay entero tiene por poco dinero casa amueblada con lujo.



¡QUÉ VERANO!

Este calor nos derrite y claramente se explica que hasta Febo solicite helados de Costa-Rica.




LA URGENTE

Empresa de Encomiendas

CERRITO 207

La Empresa que te presento te ruego, lector, que atiendas, porque hace las encomiendas con la rapidez del viento.



LITOGRAFIA DE LA RAZON

Cerro 93 á 101

De las casas mas completas en su género, esta es; la prueba, lector, la ves, en las Caras y Caretas.



CONFITERIA DEL TELEGRAFO

25 de Mayo 370

Pasteles y confitura y dulces de los mejores; en esta casa, señores, es todo vida y dulzura.



LA INDUSTRIAL

Treinta y Tres 216

El que rige La Industrial es, como saben, señores, el Capitan General, de nuestros rematadores.



JOSÉ CABANELAS Y CIA

Mercedes (R. O.)

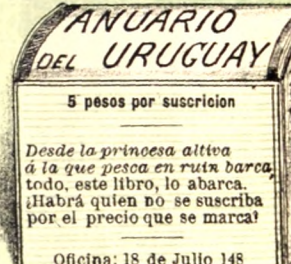
Centro para suscripción de diarios,—librería taller de encuadernación, y además papelería. ¡Casi un Larousse en acción!



LA GIRALDA

18 de Julio núm. 7

Por mas que lo crean guasa se tiene como muy cierto, que los vinos de esta casa hacen revivir á un muerto.



ANUARIO DEL URUGUAY

5 pesos por suscripción

Desde la princesa altiva á la que pesca en ruia barca, todo, este libro, lo abarca. ¡Habrá quien no se suscriba por el precio que se marca!

Oficina: 18 de Julio 148



CERVECERIA DE NIDING

Asuncion (Aguada)

Me comprometo á probar que mejor que esta cerveza no la ha tomado Su Alteza, el Principe de Bismar.



TUPI-NAMBÁ

Buenos Aires frente á Solís

Nunca dijirir podrá con facilidad usé, sino toma del café que sirve el Tupi-Nambá.



PRINCE & HILL

Dentistas Norte-americanos

CÁMARAS 163

Gracias á los especiales estudios de Prince & Hill, pueden comer mas de mil con sus dientes naturales.



MENDOZA GARIBAY

25 de Mayo y Treinta y Tres

Mas de mil personas hay que están en el Uruguay viviendo como magnates, con las risas y remates de Mendoza Garibay.